

—Bobalicón, ¿dónde están semejantes desvergüenzas ni semejantes vicios? ¡Pues si Belén, moralmente, vale un tesoro! Belén te quiere de verdad; Belén daría por ti la plata Meneses y los zapatos de raso... Belén posee un corazón y tu tía no, al menos para ti, criatura. ¡Dale con las mujeres virtuosas! Me apesantan. Más virtuosa es una estatua de yeso, que ni siente ni padece.

—¿Qué sabes tú—murmuré dejando, como a pesar mío, que se desbordase la esperanza—que sabes tú si ese corazón existirá? ¿Y si existiera?

Portal se quedó repentinamente preocupado y serio. Su entrecejo se frunció, y con voz algo alterada me dijo:

—No permita Dios que exista. He pensado sobre el caso, y te juro que lo que mejor puede sucederte es que eso no sea nunca. ¿Lo oyes? ¡Loco de atar! A Simarro que te reconozca. Supón que en efecto, la tía te quisiera; vamos, que se revelase ese corazón. Pues después de revelarse y de quereros mucho, mucho, como Francesca y Paolo, ¿que haces? Sepámoslo. ¡Venga ese programa amoroso! ¿Te escapas con ella? ¿La pones un piso? ¿Profanas el hogar paterno de tu tío con toda frescura? ¡Contesta, guillado!

Su interés por mí le irritaba. Sus ojos saltones me miraban con cólera, igual que mirarían a un chico emperrado en cortarse un dedo manejando una navaja.

—Yo no sé qué responderte...—dije meditando. Lo que comprendo es que sería feliz, ¿entiendes?, completamente feliz, si me quisiese esa mujer. Que me quiera. No pido más. Me apartaré de ella, me iré al Polo Norte, pero seguro de que me quiere. Eso aguardo y por eso vivo. La respeto como a la Virgen... pero que me quiera, que me quiera.

—Que me quiera, que me quiera—tatareó Portal remediándose la voz y el gesto.—Pues es una borricada muy grande, ¡caracoles! y no puedo aguantar

que la digas. Excuso advertirte que no hablo así por el aquel de la moralidad ni del respeto al hogar ¡bssss! La moralidad... que cada uno se la arregle; el hogar... tal como hoy lo conocemos, es una institución caduca, y quien más la barrene más recompensa merece de la patria. No es eso ¡rábanos! Se trata de la conveniencia... de tu conveniencia propia. Estás perdiendo el juicio y vas a perder el año, ¿por qué? Por un fantasma. A nuestra edad todos soñamos con la mujer, y es bien natural que soñemos; pero debiéramos soñar con la mujer cortada para nosotros, y no precisamente con la que nos haría infelices si nos uniésemos a ella. ¡Que tu tía es muy buena, muy pura, muy santa! Bondad pasiva; sumisión al destino; rutina moral, hijo... y se acabó, se acabó. Tú, casado con tía Carmen, procederías como don Felipe: no la dirigirías la palabra a las horas de comer, y la dejarías sola todo el tiempo posible, porque ni os entenderíais, ni os resistiríais el uno al otro. Divorcio de alma más completo no se concibe. Créelo. No te forjes ilusiones bobas. ¿Serías tu íntimo amigo de un neocatólico sin cultura y lleno de preocupaciones? ¿No? Pues tampoco de tu esposa. Y lo que en ella consideras virtud, en el neocatólico te parece mojjigatería.

—Luis—exclamé—¿te atreves a negar el heroísmo de una mujer que por no presenciar los extravíos de su padre sacrifica su juventud y se casa con un hombre a quien no puede amar? Ya otra vez hablamos de esto, y me subleva que no estimes acción tan noble y tan rara.

—¡Pues por eso, pues por eso—vociferó Portal ya fuera de sí.—Yo te replico desde mi punto de vista: ¿Te atreves a calificar de virtud la acción de la mujer que acepta a un esposo repugnante, y no prefiere salir a cantar en un teatro como Cinta, o fregar pisos como la alcarrefía que nos sirve en casa de doña Jesusa? ¿Pues en qué se distingue tu soñado

angel de Belén, por ejemplo? Belén sufre a un protector antipático, porque le conviene... porque así gasta y triunfa... Y tu señora tía...

—Cállate, cállate—grité levantandome furioso a mi vez.—Si dices una palabra más sobre eso, creeré que eres un canallita y te abofetearé, tan cierto como me llamo Salustio. No me nombres a Carmiña después de nombrar a Belén. No busques tres pies al gato...

—Tú eres quien buscas camorra, retal...

—Recual, a mi no me...

—Bueno, pues anda freir espárragos...

—Y tú a escardar cebollinos...

Etcétera. No añadido más, porque el discreto lector supondrá fácilmente lo que se dirían dos acalorados amigotes. En quince días no le miré a la cara a Luis. El caso es que me parecía que me faltaba algo: la razón práctica de mi vida, el Sancho moderador de mi fantasía quijotesca. No me hallaba sin sus advertencias, sus burlas, sus enojos y sus lecciones. A la hora de ir a buscarle a su posada, me entraba desazón e inquietud y hasta nostalgia indecible. Echaba de menos el hábito inveterado, la dulce costumbre de la comunicación, del chispazo intelectual, de la contradicción misma. Hubo días en que llegué a figurarme que me era más indispensable la vieja amistad que el sueño amoroso. «Maldito si sabía yo—pensé—que necesitaba tanto a este hombre. Ando sin sombra. Pero yo no me doblo. Que venga si quiere...» Y vino, vino, probándome una vez más que él representaba en nuestro mutuo trato el buen sentido o el sentido común o como se nos antoje llamar a esa cualidad grata y modesta que quita énfasis a nuestros actos y nos enseña a no amargar la vida con necios tesones y quisquillosidades dramáticas. La reconciliación se verificó con la mayor naturalidad: un día, al salir de clase, Luis me empujó el codo, y preguntóme risueño: «¿Se ha pasado el cabrito? ¿Vamos a hacer las paces?» Me

abracé a él, lo confieso, con toda el alma, tartamudeando: «Luisiño, ¡chacho de mi vial!» Y él se reía, diciéndome: «Quita, memo... parece que vuelves de América después de veinte años de emigración».

Salimos de allí agarrados de bracete, y aquella tarde charlamos más que nunca «Ya no te llevaré la contraria—advirtió mi amigo con resignación burlesca.—Enamórate como un dromedario africano o como Marsilla el de Teruel... yo dejo correr el agua. Tú has de convencerte. Para ser felices, necesitamos mujeres ilustradas que piensen como nosotros y que nos entiendan. Bueno, yo lo creo así; pero a tí se te ha puesto en el periquito que nos convienen las damas del siglo XIII o a las santas góticas pintadas sobre fondo de oro... Adelante. Caerás del burro, Aparte de que la tití... chacho, ni esto. La lucha con lo imposible acabará por cansarte. No te atufes. Dime cómo andan tus amores; abre ese corazoncito.»

—Luis—murmuré con misterio,—yo no sé si me quiere o no me quiere a mí. Pero estoy cierto... ¡atiende bien!, de que no puede sufrir a su marido.

—En eso demuestra buen gusto.

—No me equivoco, no. La observo, Luisiño la observo. Está la pobre descolorida; apenas come: por las mañanas, cuando va a la iglesia, y sobre todo los días que comulga, manifiesta cierta serenidad; pero por las noches... ¡Ay! Yo creo que tiene la fiebre cotidiana de la aversión.

—¿Y el marido? ¿Se distrae por ahí?

—Me parece que no. Se retira a horas razonables, aunque salga a conferenciar con Sotopeña o al Círculo. A Belén no intenta verla: me consta. Mi tío es avaro, ya lo sabes, y por economía capaz es de contentarse con lo de casa... Luis, yo trago mucha saliva, pero me consuela saber que ella está triste y padece.

—Bonito consuelo. Y sabe Dios si te engañarás, y si esa mujer se entenderá perfectamente con su marido.

—Es que si yo la viese hecha una tórtola con él... no sé qué me sucedería.

—Que se te quitaría el viento de la cabeza. ¡Los diablos carguen contigo!

Pasábamos esta conversación a tiempo que, saliendo de la calle Mayor, penetrábamos en el famoso Viaducto o suicidadero. La tarde, de magnífica serenidad, convidaba a arrimarse al alto enverjado y admirar al través de sus huecos el punto de vista, acaso el más hermoso de Madrid. Sin entretenernos en revolver los libros viejos, de texto la mayor parte, mugrientos y maltratados casi todos, que vendía al aire libre y sobre el santo suelo un vejete con facha de maniático, aproximamos la cara a los hierros y nos embelesamos en mirar primero el grandioso panorama de la izquierda, el rojo palacio de Uceda con sus blancos escudos a que sirven de tenantes fieros leones; las mil cúpulas y rotondas de templos y casas que domina, esbelta como la palmera, la torre mudéjar de San Pedro. Luego nos volvimos hacia la derecha, encantados por la fresca verdura del jardinete que a gran distancia debajo de nosotros extendía un tapete de coníferas y arbustos en flor. Allá a lo lejos, el Manzanares trazaba sobre las verdes praderas una *ese* de metal blanco, y el Guadarrama erguía su línea blanca y resplandeciente detrás de los severos y escuetos contornos de las sierras próximas. Pero lo que nos fascinaba, la nota sublime de aquel conjunto, era la calle de Segovia, a pavorosa profundidad, abajo, abajo... Luis me apretó la muñeca diciéndome:

—Hijo, este Viaducto explica todas las muertes que han ocurrido en él.

—Como que convida a arrojarse—respondí sin dejar de contemplar el abismo del empedrado y sintiendo ya en la planta de los pies el hormigueo del vértigo.

—Mira un suicida, chacho—exclamó súbitamente Portal, señalándome a un hombre de muy derrota-

das trazas, apoyado en la barandilla también. Lo que es ese se tira de un momento a otro.

Me acerqué curiosamente. El presunto suicida se volvió... ¡cuánto tiempo sin ver su rostro noble y expresivo, sus ojos negros, su apostura gallarda, su mugrienta y astrosa ropa! ¡Pobre Botello! Experimenté alegría al encontrar a aquel ser incoherente, a aquel ripio social, inofensivo e inútil.

—¿Ibas a matarte?—le pregunté sonriendo, pasadas las primeras efusiones y los primeros abrazos.

—¡Hombre! no...—respondió el huésped de Pepita.—Sólo por entretener el tiempo, meditaba en lo sabiamente que obraría si me tirase de cabeza. Esa calle, con sus piedras duras, me llamaba a voces. Así se acabarían todas las trampas y todas las miserias... ¿No sabéis? Pepa casi me ha plantado en la calle... Diariamente me insulta... Apenas fumo... Tengo un cuarto donde duermo, pero eso de comer es un lujo que desconozco. La vizcaína anda rabiosa porque don Julián hizo la del humo, y se niega a mantenerme. Me han embargado mi pensión. ¿Me pagáis un biste?

Salimos a la calle de Bailén, y no tardamos en instalarnos en un figón, delante de unas chuletitas esparilladas muy apetitosas. El perdis nos dijo melancólicamente.

—Hay días de que estoy tan desesperado, que hasta se me ocurre trabajar en cualquier cosa. ¿Pero en qué? Y además esas son ideas absurdas, hijas de la debilidad o del aguardiente. No; cuando tengo una peseta la apunto y me gano cien. Yo no sirvo para la ignominia del trabajo. Quédese para los negros. Y después, siempre le salen a uno buenos amigos que no niegan un duro a quien se le pide. No creáis que vivo del sable, hijos, no; sablazo es cuando ofrece uno pagar... y yo no ofrezco nunca semejante desatino. El que me presta me regala. ¿Sabéis la que me jugaron Mauricio Parra y Pepe Vidal estos Carna-

vales? ¿Les conocéis? Uno de arquitectura, y otro de minas. Están de huéspedes en casa de Pepa Urrutia. Pues nada, que nos vino una huéspedada de buen trapío... una viuda cordobesa, ¡más salada...! y yo... la miraba un poco. Una noche supe que iba al baile del Real... ¡Y yo sin un real! Mauricio y Pepe me animan y me toman la entrada... van conmigo... Se nos acerca la mascarita... que la conocí perfectamente... «Tengo sed... ¿Me convidas? ¿Vamos al buffet?» Ví el cielo abierto... y el infierno, porque no tenía un cochino ochavo. Echo la mano atrás, y con ella hago señas a Mauricio y Pepe... Siento que me introducen en el hueco de la mano una moneda... ¡Dios! ¡Qué será! De fijo un duro... aunque parecía algo chico. Sin mirar lo embolso, y ¡zás! subo tan intrépido... Ella se pone a comer pastelillos, a beber Jerez... Yo temblando que la cuenta pasase del duro... Nunca acababa de engullir la buena señora... Al fin se resuelve a acabar, y yo saco del bolsillo la moneda y le digo al mozo con gran prosopopeya: «Cóbrese usted.» «¡Pero, caballero, si me da usted un perro grande!» ¡Hijos, la que allí se armó! Creí que me llevaban a la prevención derechito... ¡Y qué chacota! Pues así, así vive uno, y así está siempre: más arrancado hoy que ayer, y más mañana que hoy. Ya supondréis que mi portuguesíño se ha vuelto a Portugal; en cambio tengo a un diputado provincial conquense, que se le ha puesto en la cabeza ser autor dramático, y le acompaño entre bastidores, porque se le antoja que debo conocer íntimamente a los actores y actrices; y en efecto les conozco; ¿quién no conoce aquí a todo género humano? pero no sé qué papel compongo en Lara, en Eslava y en Apolo; el caso es que los acomodadores me toman por actor, los actores por autor tronado, y yo allí de coronilla con mi diputado provincial, empeñado en que le representen su propósito, o juguete, o revista, o lo que sea...

—¿No lo sabes a punto fijo?

—No. Cien veces intentó leérmelo; pero por ahora voy parañdo el golpe. Veremos si lo consigo hasta el fin. Adiós, salvadores míos... Mis ideas de muerte ya se han disipado. Gracias.

«Hoy el cielo y la tierra me sonríen;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy me dísteis chuletas, ¡dos chuletas!
Hoy creo en Dios.»

Declamando así, Dumillas nos estrechó las manos con las suyas puercas y enlutadas, y se fué...

—Ahí tienes al romanticismo—murmuró desdenosamente Luis alzando los hombros.—¡Qué falta tan grande les hace a este y a los que son como él un curso de *sentido-comunología!*

XXI

Que dijese lo que gustase Portal: yo estudiaba la fisonomía y las acciones de Carmiña, y con la doble vista de la pasión comprobaba un desvío cada vez más acentuado y profundo... Dramaturgos que prodigáis venenos y puñales en vuestras espeluznantes creaciones; poetas que cantáis tragedias horribles; novelistas que realizáis tantos asesinatos como capítulos, decidme si hay conflicto más tremendo que aquel cuyas peripecias se desarrollan en el fondo del alma de una mujer unida, sujeta, enlazada día y noche al hombre cuya presencia basta para estremecer de horror todas sus fibras. Y dirán los que creen que la psicología es—como las positivas, exactas, físicas y naturales—una ciencia de hechos: ¿pues por qué ha de repugnarle tanto a su mujer ese marido? No hay razón suficiente. En nada la ofendió. Reina y señora en su casa, su esposo no comete infidelidades, antes bien se muestra asiduo, aficionado al hogar y a la